

NOBLEZA DE ESPÍRITU EN JORGE MANRIQUE

POR ENRIQUE GARCÍA-MÁIQUEZ

Luis Rosales dijo que si los españoles somos “hijos de algo” es por Cervantes y por Velázquez. Exageraba, pero se le entiende. Quiso avisarnos de que es nuestra riquísima herencia cultural la que nos configura como señores del espíritu. Él la resume en sus dos cúspides más reconocibles. Aunque con la misma contundencia, François-Xavier Bellamy exageró muchísimo menos al titular su libro sobre el fracaso de la transmisión de la gran cultura como *Los desheredados*. A los jóvenes a los que no se transmite nuestra cultura se les está hurtando una riqueza esencial y necesaria. *El suicidio de Occidente* el último libro de Alicia Delibes Liniers insiste —y nunca es demasiado— en la renuncia a la transmisión del saber, que conlleva la muerte autoinducida de Europa.

Se trata de transmitir, no sólo las cumbres culturales, sino un tono general, una perspectiva, una forma española de estar en el mundo. *Un espíritu*. Naturalmente, Cervantes y Velázquez lo representan de maravilla, entre un selecto grupo de españoles de ambos hemisferios. Pero contar en esa nómina escogida de nombres preclaros con Jorge Manrique resulta imprescindible.

Lo primero que llama la atención es la actualidad con la que se le lee. Incluso un bachiller medio de hoy puede entender el sen-

tido general de las *Coplas a la muerte de su padre* sin problemas; y disfrutarlas. Asombra el vigor de su idioma castellano, que pasa —a través los siglos— lo mismo que una flecha sobrevuela los castillos impugnables, los muros y baluartes y barreras, la cava honda chapada o cualquier otro reparo. ¡Qué bien se leen las *Coplas*!

Manrique “evita por completo el tono macabro y efectista propio del género de la danza de la muerte y el tratamiento que la muerte recibía, en general, en la literatura y el arte de su tiempo”. Imperaba entonces la costumbre de representar la muerte, según las palabras de Huizinga, con “el cadáver desnudo, corrupto o arrugado, con las manos y los pies retorcidos y la boca entrea-bierta con los gusanos pululantes en las entrañas”. Nada de esto aparece en Manrique. Como aquellos poemas tétricos se han olvidado, puede que perdamos, por falta de contraste, esa elegancia y señorío, frescura y vida, que supusieron las *Coplas*. De hecho, hoy se suelen ilustrar sus libros con los trazos macabros que su poesía no tuvo entonces ni tiene ahora.

Además, pocas veces la rima consonante ha sido tan feliz como en las sextinas manriqueñas. La consistencia del castellano hace su parte, pero el poeta la redobla. Se admira Pedro Salinas de que el lenguaje de un poema del siglo XV suene tan natural, prácticamente de hoy mismo. Azorín les dedicó unas páginas transidas y era el poema preferido de Menéndez Pelayo. Jaime Gil de Biedma cuenta en su diario que al oírlos “tuvo la revelación de la poesía”.

A don Jorge le auxilia el tema, que parece de hoy mismo. No me refiero a la muerte, que es un tópico eterno de la poesía y de la vida, sino el asunto del padre. Apenas se dedicaron poemas a la figura paterna en el Siglo de Oro ni durante el XVIII ni en el XIX. En nuestro tiempo se produce una significativa eclosión tanto en la lírica como en la narrativa, que nos habla de una figura en crisis. Telémaco es un precedente prestigioso y otro, el piadoso Eneas, pero la intensidad del amor filial y la consiguiente reflexión existencial de Jorge Manrique son una cumbre comparable a los dos grandes clásicos, la *Odisea* y la *Eneida*, las *Coplas*, otro modelo eterno. Resultarían incontables los hijos que, en sus momentos de duelo, han sido confortados por la recia música y la entrañable firmeza de las sextinas man-

riqueñas. Este modelo de amor filial y de admiración a la figura del padre sin fisuras urge en una sociedad donde los hombres se encuentran cercados por tópicos contrarios y prejuicios incesantes, y la masculinidad anda sometida a críticas sin cuento, que desconciertan a los más jóvenes. El modelo de hombre que las *Coplas* proponen, engarzado indisolublemente con la paternidad, resulta, como decíamos, una herencia irrenunciable para las nuevas generaciones.

Manrique no era un desheredado. Ni en lo cultural (había leído muy bien a Petrarca y la poesía cortesana de su tiempo, además de las crónicas históricas) ni, por supuesto, en lo familiar. Pertenecía a una de las más esclarecidas familias nobiliarias de Castilla: los Manrique de Lara. Por parte de madre, era un Mendoza y, por tanto, sobrino segundo del Marqués de Santillana. La herencia literaria y la familiar —la sangre y la tinta— también se le unen en su tío Gómez Manrique, estupendo poeta, que influyó vivamente en él. Tenía una espléndida biblioteca de 40 volúmenes. (Han oído bien, “40”, y “espléndida biblioteca”. Permítanme subrayar la lección implícita. Hay que leer a los clásicos y a los grandes libros mejor que atiborrarse de títulos intrascendentes.)

Pero volviendo a don Jorge, lo significativo es que en las *Coplas* no presume de prosapia ni se adorna con sus ilustres parientes ni siquiera expone sus hazañas. El filólogo y poeta José María Micó ha centrado su estudio sobre Jorge Manrique en lo que él llama “las tres pretericiones”. Además del temple estoico que demuestran, son silencios muy hábiles —destaca Micó— desde el punto de vista poético. Las pretericiones explícitas que estudia Micó son 1) la renuncia a invocar a musas y poetas antiguos, renunciando al culteranismo y a la pedantería; 2) su negativa a poner ejemplos históricos de figuras que la muerte se llevó, sino ceñirse a los contemporáneos y, por último, 3) su desdén por repasar las hazañas del padre, que debían ser de conocimiento general de sus lectores, tan grandes eran.

Hay, sin embargo, muchas otras pretericiones implícitas en las *Coplas*, tan importantes y sabias como las que ha señalado Micó. Estar atentos a estos silencios quebrados, como su pie métrico, nos revelará el último secreto del poema.

Que nos importa mucho revelar. Por disfrutarlo más, por supuesto, pero por motivos más trascendentes. Durante mucho tiempo dije a la menor ocasión que mi muerte ideal era la de don Rodrigo Manrique. Ojalá cercado de mi mujer, y de mis hijos y hermanos y criados, y dando el alma a Quien me la dio, y dejándoles a todos –harto consuelo– mi memoria. Lo sigo pensando; pero he añadido en los últimos tiempos algo muchísimo más perentorio: entre líneas, aprovechando especialmente esas pretericiones implícitas, Jorge Manrique nos ha dibujado un ideal de vida, al que también nos insta a aspirar. El ideal de la nobleza de espíritu.

Y tanto lo ha hecho, que escribiendo reciente mi ensayo sobre este concepto tuve la tentación de “marcarme un Proust”.

¿Qué es esto?, preguntarán ustedes. Contemplando el cuadro «La pared amarilla» de Vermeer, Marcel Proust pudo compendiar toda su teoría estética. Se puede **condensar** toda la teoría y la práctica de hidalguía de espíritu glosando las *Coplas a la muerte de su padre*.

Las ideas esenciales de esta nobleza interior están sabiamente apuntadas por el gran poeta español. No lo hice en mi libro *Ejecutoria* porque me interesaba destacar la amplitud de esa llamada a la elevación del espíritu por encima de países, épocas o condición estamental del personaje. Pero poder, se hubiese podido.

Manrique nos muestra, como quien no quiere la cosa, todo un mundo de virtudes, grandes, medianas y pequeñas, que van desde la sobriedad sentimental (pero muy honda) hasta la delectación en los placeres de la vida (pero tan fugaces). La fe se conjuga con la fortaleza. Los derechos propios se defienden. Se confronta a los enemigos y se ama tiernamente a los amigos. Se mantiene una orgullosa independencia del poder del soberano.

Las *Coplas* son, pues, un sutil manual de caballería interior. María Zambrano, siempre tan perspicaz, lo notó: “No es el dolor lo que se expresa en las *Coplas*, sino la meditación engendrada por el dolor”. Una meditación que nos atañe y de las que nos conviene reclamar con urgencia nuestra legítima de la herencia. “Jorge Manrique es uno de nuestros mayores lujos”, afirmó An-

tonio Gala. “Sus versos merecen escribirse con letras de oro”, había dicho mucho antes Lope de Vega, dejando claro su alto valor prácticamente patrimonial.

No es extraño que Jorge Manrique se convierta en uno de los mejores modelos de nobleza de espíritu, si bien se piensa. Escribe desde un promontorio privilegiado. Nadie puede dudar de su prosapia, por supuesto. Pero concurren otras circunstancias únicas. Manrique escribe en el quicio de una puerta, en tiempos de cambios profundos, cuando España deja de ser medieval para entrar en la Edad Moderna. Nadie como él para ver qué se pierde la nobleza estamental y qué pervive de la nobleza eterna. Ese cambio de paradigmas le afecta personalmente. Está en la mejor situación para comprobar la vanidad de casi todo. Los cambios políticos en España son profundos y los hace —a veces contra ellos, contra los Manrique— la reina por la que han luchado sin una duda. La melancolía del poema, ¿hasta qué extremo no estaría influida por este hecho? La reina por la que los Manrique habían batallado sin descanso —frente a tanto bandazo de otros— ha sido capaz de acusarle de desacato y de desterrarle, además de haber sustraído el título de gran Maestre de Santiago, que había pertenecido a don Rodrigo, de la esfera de influencia de los Manrique. Hay que sumar un matrimonio no muy feliz. Y su condición de segundón que ha perdido el amparo paterno. También el esquinamiento del querido tío de Jorge, Don Gómez funge de alcalde de Toledo entre apuros económicos, el mismo que: 1º acompañó al rey Fernando cuando entró en Castilla para casarse con Isabel disfrazado de arriero; 2º llevó el cartel de desafío al rey Alfonso de Portugal; y 3º autor de la obra de teatro que representó con tanto gusto Isabel de princesa.

En la melancolía de don Jorge hay, evidentemente, una pena filial ante la muerte del padre, pero también un desconcierto epocal y, desde luego, una profunda decepción política. Pero permanecen inalterables la fe y la conciencia de su propia nobleza de espíritu. La primera, común, la proclamará en voz alta. La segunda, de su espíritu, la dejará sentir en voz baja.

Nosotros estamos aquí para oír esa voz baja, que es donde se embosca la emoción poética. Expondré diez momentos en que las *Coplas* pergeñan el perfil de la auténtica nobleza de espíritu.

I. CLARO VARÓN

De su padre, podría haber recordado que era conde de Paredes. En cambio, sólo lo llama “claro varón” y “buen caballero”. ¿Universaliza así más el poema? Sí, por supuesto, pero no en el sentido igualitarista que nuestra época resabiada corre a darle.

Hay quienes no captan la sutileza. En el programa SER Historia, Nacho Ares afirmó que Manrique era de la baja nobleza, un hidalgo, como los del Lazarillo. En absoluto, pertenece a uno de los linajes más encumbrados de Castilla. Descendían del primer conde soberano de Castilla, Fernán González. Su abuelo Pedro fue adelantado de Castilla. El poema tampoco deja caer sus condiciones personales. Jorge Manrique era señor de Belmontejo, comendador del castillo de Montizón, trece de Santiago, y capitán de armas de Castilla. Era yerno del conde de Fuensalida, don Pero López de Ayala. En descargo de Nacho Ares hay que recordar que es cierto que en el poema no lo trasluce en absoluto. ¿Por qué sus lectores ya lo sabían? Sí, pero hay más. Naturalmente, Jorge Manrique no está tendiendo una trampa a los periodistas de la SER. Lo universaliza porque nos propone al padre como modelo de otra nobleza superior: la nobleza de espíritu. Lejos de bajar la voz con una falsa humildad, eleva a su padre a modelo de caballero cristiano. El atento estudioso Vicenç Beltrán ha subrayado que estamos ante un poema menos ascético de lo que comúnmente se ha pensado. ¿Menos? Sí, pero no en el sentido de que no sea una obra profundamente convencida del cristianismo que confiesa, sino porque no es una obra clerical. Presenta con muy clara conciencia programática un modelo seglar de estar en el mundo y de ganarse la gloria “con las manos”.

Y pues vos, claro varón,
tanta sangre derramaste
de paganos,
esperad el galardón
que en este mundo ganaste
por las manos;

Para mayor solemnidad, es la muerte la que habla, de igual a igual, con don Rodrigo y le llama “varón”. Para más claridad, concede la muerte a don Rodrigo lo que este ha ganado con sus propias manos. Lo que no le ha concedido nadie. Hay un orgullo y una in-

dependencia esenciales. El poema esconde además un maravilloso encabalgamiento: Rodrigo/ Manrique. No sólo no nombra ni una vez el “de Lara” del apellido ni las leyendas genealógicas que aureolaban a la familia, sino que destaca el nombre propio de su padre. Obsérvese la pausa significativa que impone el salto versal y la rima:

Aquél de buenos abrigo,
amado por virtuoso
de la gente,
el Maestre don Rodrigo
Manrique, tanto famoso
y tan valiente.

Jorge Manrique no necesita repetir el lema de la casa del Infantado, que era la de su madre: “Dar es señorío; recibir, servidumbre”. Deja caer en el poema, con su silencio, que ellos no han recibido nada. Que ellos han hecho. Y han dado.

II. RIQUEZAS ANTIGUAS

Hay una discusión clásica sobre el papel de las riquezas en la nobleza. Para Aristóteles, aristocracia se define como “virtudes y riquezas antiguas”. Dante, con otros, prefiere poner el acento en las virtudes solas. Manrique opta por el equilibrio aristotélico, pero con el cuidado de dejar claro en sus versos tres cosas esenciales: que las riquezas van después de las virtudes y que las riquezas de su padre no eran exuberantes y que no habían sido mal ganadas.

No dejó grandes tesoros
ni alcanzó grandes riquezas
ni vajillas,
mas hizo guerra los moros
ganando sus fortalezas
y sus villas.

Y, para más inri, no las considera definitivas.

Ved de cuán poco valor
son las cosas tras que andamos
y corremos,
que en este mundo traidor
aun primero que muramos
las perdemos.

De ellas deshace la edad,
de ellas casos desastrados
que acaecen,
de ellas, por su calidad,
en los más altos estados
desfallecen.

III. VIRTUD [AXIAL]

Ya hemos visto que la definición de Aristóteles pone la virtud como primera exigencia de la aristocracia. Es una constante que recogen los tratados medievales: san Bernardo, Ramón Llull, Godofredo de Charny. Pero la virtud es una palabra polisémica que va de la ética a la fuerza y la nobleza de espíritu las abarca todas. Para la etimología, la fuerza es la acepción originaria porque “virtud” viene del “vir” romano, esto es, del hombre hecho y derecho, y de las virtudes militares y ciudadanas que le son anejas. Y “vir” viene de “vis”, que es fuerza. Más allá de la etimología, resulta insoslayable que virtud signifique fuerza, porque el ejercicio de la bondad exige temple para sostenerlo. C. S. Lewis explica que el gran logro antropológico de la caballería medieval fue compaginar todas las acepciones de virtud en un solo pecho.

Manrique también resulta un precursor en esto y ve fundidas en su padre ambas virtudes, las de la finura para amigos, criados y discretos; las de la fiereza para enemigos, bravos y dañosos. Perfectamente entrelazadas por la rima consonante:

Qué amigo de sus amigos,
¡qué señor para criados
y parientes!,
¡Qué enemigo de enemigos!,
¡Qué maestro de esforçados
y valientes!,
¡Qué seso para discretos!,
¡Qué gracia para donosos!,
¡Qué razón!
¡Que benigno a los sujetos!,
y a los bravos y dañosos,
¡qué león!

Las dos acepciones de virtud palpitan en su corazón de acero. Es una virtud moral que se esfuerza y es un esfuerzo famoso que se hace virtuoso. Se lo reconoce a don Rodrigo nada menos que la muerte:

diciendo: –Buen cavallero
dexaj el mundo engañoso
y su halago;
vuestro coraçon de acero
muestre *su esfuerzo* famoso
en este trago.
Y pues de vida y salud
heistes tan poca cuenta
por la fama,
esfuércese la virtud
para sufrir esta afrenta
que os llama.

“Esfuércese la virtud” conmina la Muerte al maestre don Rodrigo en una redonda redundancia.

IV. POR SU LEY

El noble de espíritu no se somete a los galardones, tampoco a las leyes. La ley propia del noble es su nobleza, que obliga. El “privilegio” vulgarmente se refiere a unas ventajas exclusivas y abusivas; pero, en realidad histórica y etimológica, es la ley privada: la norma que obliga sólo a una persona o a un círculo de personas. Jorge Manrique tremola esta idea en el retrato que nos lega de su padre: “Después que puso la vida/ tantas vezes por su ley/ al table-ro”. Todo es perfecto en estos tres versos: el riesgo, la constancia del tantas veces, el sentido lúdico del tablero, pero lo principal es que lo hace “por su ley”. Sin duda ese “por su ley” hacía referencia última a su religión y a su conciencia, pero qué manera más nítida de hacer constar que eran “suyas”. ¿El incipiente Estado Moderno tuvo que oír el retintín del desafío del fuero y del privilegio? Se escucha claramente. A nosotros nos toca seguir repicándolo.

V. HONOR

Como estamos hablando tanto de virtudes y de virtudes heroicas puede surgir una confusión. ¿El noble es un santo? Conviene despejar cuanto antes esa posible mistificación, por

muy tentadora que nos resulte. La hidalguía de espíritu y la santidad son realidades distintas. La primera no exige el ejercicio de todas las virtudes, como sí hace la santidad, sino de algunas. La diferencia la sugiere pedagógicamente Natalia Ginzburg: “En relación con la educación de los hijos pienso que se les debe enseñar, no las pequeñas virtudes, sino las grandes. No el ahorro, sino la generosidad y la indiferencia ante el dinero; no la prudencia, sino el coraje y el desprecio por el peligro; no la astucia, sino la franqueza y el amor por la verdad; no la diplomacia, sino el amor al prójimo y la abnegación; no el deseo de éxito, sino el deseo de ser y de saber”.

Este criterio cuantitativo advierte y orienta, pero a mi entender no es definitivo. ¿Qué sería de la magnanimidad sin la pequeña humildad? Robert Redeker, por su parte, sólo ve una diferencia temporal: “El heroísmo es un *sprint*; la santidad es una carrera de fondo. Nadie puede ser heroico a lo largo del tiempo; nadie puede ser santo sino a lo largo del tiempo». Este criterio, tan nítido, no lo comparto. El *sprint* de la santidad es el martirio y la carrera de fondo del heroísmo es la hidalguía. Quien mejor lo explica es Karl Vossler en *Algunos caracteres de la cultura española*. Para él, la hidalguía es una tierra media y el honor, una bisagra: «una instancia pivotante entre la santidad y las normas del mundo [...] El honor funciona a manera de plano transmutador, donde se encontraban unidos lo heroico y lo fantástico y vano con lo verdadero y eterno”. Esta aparición tan atinada de lo “fantástico y vano” nos advierte de que en el hidalgo caben algunos defectos menores, como un punto de novelería, bastante vanidad, frecuentes bravuconadas, mucha temeridad, etc.

En las *Coplas*, asombrosamente Jorge Manrique se adelantó, va por derecho y pone cada cosa en su sitio, con el honor en su lugar de bisagra. Obsérvese con cuánta exactitud lo hace:

Aunque esta vida de honor
tampoco no es eternal
ni verdadera,
mas con todo es muy mejor
que la otra temporal
perecedera.

VI. SOBRIEDAD

Otra de las pretericiones implícitas asombra y admira. Los Manrique siguieron siempre el partido de los infantes de Aragón, que luego fue el bando de Alfonso el Inocente, hasta el extremo de que don Rodrigo Manrique participó activamente en la Farsa de Ávila subido al escenario, y más tarde militaron en el bando de Isabel y Fernando. Han ganado las guerras civiles, que se venían solapando a lo largo del siglo XV como las carlistas en el XIX. Pero Jorge Manrique *no lo dice*. No presume ahora que tan rentable le sería. “Ni miento ni me arrepiento” fue el lema o mote que se escogió el poeta. Y había añadido “Ni digo ni me desdigo”. Lo vemos cumplido en todas sus pretericiones, sugerencias y verdades como puños entre líneas.

Apenas se permite una música tácita. Cuando habla de Villena y su hermano Pedro Girón dice “que a los grandes y medianos/ trajeron tan sojuzgados/ a sus leyes”. Siendo don Rodrigo un grande, se ve que está usando una preterición chulesca (si me permiten decirlo así). Viene a decir, “sería a vosotros a los que traería tan sojuzgados. No a nosotros, no a los Manrique”.

VII. EL ORGULLO

Y todavía dice más. Esta sextina hay que leerla con enorme atención:

Pues nuestro rey natural,
si de las obras que obró
fue servido,
dígalo el de Portugal,
y en Castilla, quien siguió
su partido.

Lo latente aquí es el mandoble que don Jorge les suelta a los cortesanos de su propio bando. El servicio del maestre don Rodrigo no lo puede atestiguar ni siquiera su rey natural, sino los enemigos del rey: el de Portugal y los que en Castilla se pusieron de su parte. Ésos sí, por supuesto, sin duda. ¡Y tanto! El servicio se prueba a las duras y tan lejos que sus testigos no pueden ser los beneficiarios, sino los contrarios. Toda una ética, toda una estética. Si recordamos que Jorge Manrique escribe sus *Coplas* cuando

tiene motivos para sentirse mal pagado por los reyes naturales, se entiende la fuerza de estos versos, que no condescienden a la queja ni a la exigencia de pago. Constatan. No sólo quejarnos, hasta suspirar prohíbe Gómez Manrique con muy buenas razones: las adversidades, advierte, “no son malas salvo a los que las sufren mal. [...] No es justo que nadie por ello sospire, e menos los nobles de generación”.

VIII. LAS COMPARACIONES CON LOS GRANDES ROMANOS

Jorge Manrique también va por su ley en el tablero de la poesía. Había dicho que no iba a hablar de los troyanos ni de los romanos, pero cuando tiene que ponderar las virtudes de su padre, hace comparaciones con los emperadores de Roma. Hay que ser un lector muy torpe para no ver la gran emoción contenida que encierran esas sextinas; pero algunos las han acusado de frías. En realidad, Manrique maneja la pluma como la espada, con una precisión letal. Al saltarse su propia prohibición, indica la emoción que le desborda. Y desactiva el prejuicio de pensarlas simple resabio cultista de un incipiente Renacimiento. Al comparar a su padre con los emperadores lo pone muy por encima de los hombres de su tiempo, ¿incluyendo los reyes? Casi veinte virtudes propias de emperadores, le adjudica. Cruz Martínez Esteruelas, autor de una novela histórica sobre nuestro poema, titulada *Cualquier tiempo pasado* detecta perfectamente la intención: “No solamente trazaba su retrato, sino que, por añadidura, describía las cualidades esenciales que todo buen caballero ha de poseer o por lo menos, desear de corazón”. Nos regala una lista de aspiraciones altísimas.

IX. AMOR AL MUNDO

Pedro Salinas lo vio: “Nunca [como en *Las Coplas*] los bienes mundanos se le presentaron al hombre más lúcidos y seductores”:

“Este mundo bueno fue/ si bien usáramos de él/ como debemos”, dice, y no hay una renuncia al mundo, sino conminación a usarlo bien. En su *ubi sunt* de las bellezas pasadas hay un

evidente regodeo: “Dezidme: la hermosura,/ la gentil frescura y tez/ de la cara,/ la color y la blancura... – Le dedica cuatro versos a la belleza contra dos– cuando viene la vejez/ ¿cuál se para?”.

No hay lamento ni dolor en las *Coplas*, no puede decirse que sean propiamente una elegía, un planto o llanto como hoy lo entendemos asociado a poemas como la “Elegía a Ramón Sijé” o el “Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejías”, nos ha recordado con una fina y muy atrevida sensibilidad Amalia Iglesias Serna.

Por otros poemas que conocemos de Jorge Manrique sabemos que era un hombre bastante festivo. Tiene poemas celebratorios de amor, como éste:

Vaya la vida pasada
que por amores sufrí
pues me dijisteis que sí,
Señora, bien empleada.

Y otros burlescos, como uno contra una prima que le obstaculizaba una aventura amorosa, o sobre una mujer beoda en una taberna. En las famosas *Coplas de Mingo Revulgo* se le mienta. Le acusan de bebedor: “es doncel, dispuesto para pozo, para enfriar vino en él”. También se le tacha de necio. Es bonito y gracioso que llamasen así a uno de los hombres más trascendentes de la literatura española y una prueba de que todos tenemos una personalidad de múltiples facetas. Pero parte de esa alegría de vivir, tan señorial, que no le pierde la cara a la vida ni siquiera ante la muerte, se puede encontrar como el telón de fondo de las *Coplas* como una advertencia contra la quejumbre, la blandura y la llorería de nuestro tiempo.

X. LA FAMA

Hasta en la muerte de su padre encuentra “harto consuelo”. Lo hace en la memoria. Hay aquí otra incoherencia maravillosa que demuestra lo sabio que era Jorge Manrique y cómo sabía revolver el caballo de su obra. Sostiene, como buen católico que era, que la vida superior era la eterna, pero quiere acabar el poema con el consuelo de la memoria, con la vida de la fama. Es un gesto a la vez de contención y de orgullo, de humildad y de gracia nobiliaria.

CONCLUSIONES

Vistos estos diez puntos, son, a mi entender tan claros, que conviene aclarar que en las *Coplas* Jorge Manrique no quiso *hacer* un ensayo explícito sobre la nobleza de espíritu. Pero quiso ponderar lo mejor de su padre, y eso era, sin lugar a duda, la nobleza de espíritu. Lo que nos permite a nosotros ahora rastrear —cuando sí lo necesitamos— su consistente conocimiento de causa.

Cuando Azorín define a Jorge Manrique como “un escalofrío ligero que nos sobrecoge” nos extraña. ¿Será posible que el maravilloso escritor alicantino no oyese que Manrique es más bien el golpe pesado de una aldaba? Es recio. Sin embargo, no se equivocó. Lo ligero que detecta Azorín como un escalofrío es la nobleza de espíritu. El sobrecogimiento, la sutil llamada a la emulación. Lo sugiere el remate de su prosa, cuando acaba Azorín: “Jorge Manrique es una ráfaga que lleva nuestro espíritu allá, hacia una lontananza ideal”.

Alguien tan poco sospechoso de moralista como Jorge Luis Borges lo supo y dijo: “¿Por qué es tan lindo el poema de Manrique? No sólo por los versos: por su ética. La ética es importante en todo: también en literatura”.

No es un entretenimiento la poesía, sino lo más necesario. En estos tiempos convulsos, como los suyos y donde quizá los servicios auténticos no se pagan como debieran, Manrique nos señala la lontananza ideal... En el mentado programa “Ser historia”, de la cadena SER lo llamaron un romántico del siglo XV, cuando lo que es y lo que necesitamos en el siglo XXI es un noble del siglo XV. O mejor, un noble de todos y para todos los siglos.

Hemos de escucharle con atención. Adquirir sus enseñanzas. Que la mejor herencia es la honra del padre, que el primer requisito de la aristocracia es la virtud, que la nobleza exige fortaleza, que la misión del orgullo es sostenernos en las tribulaciones y que, hay algo más fuerte que la muerte, y es el amor, que no se acaba. También que no hay un título más grande que el de claro varón, que el de dama preclara.